

JORDI GARCÍA ROCA

ALAS ROTAS
DE MARIPOSA

Alas rotas de mariposa

Jordi García Roca

yn666ny@gmail.com

www.jordigarciaroca.com.es

Editado por:

PUNTO ROJO LIBROS, S.L.

Cuesta del Rosario, 8

Sevilla 41004

España

902.918.997

info@punterojolibros.com

Impreso en España

ISBN: 978-84-17205-37-9

Maquetación, diseño y producción: Punto Rojo Libros

© 2017 Jordi García Roca

© 2017 Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

A la memoria de

Julia Robert Curtis
24/4/2010. 24 años.

Salvi Iglesias Martínez
4/3/2016. 39 años.

A un amigo,

Albert González Vizcaíno
Que la frescura de tu sonrisa te acompañe toda la vida.

ÍNDICE

Introducción.....	11
Presentación novela, 23 abril.....	15
DPNY Manhattan sur, 24 abril.....	23
Encuentro con María Roberts, 25 abril.....	37
Viaje al condado de Mariposa, 26 abril.....	53
Funeral de Julia Roberts, 27 abril.....	63
Primer día sin Julia Roberts Curtis, 28 abril.....	77
Robo, apartamento de Jack Curtis, 29 abril.....	93
Partida del condado de Mariposa, 30 abril.....	101
Detención de Jack Curtis, 31 abril.....	107
En presencia del juez, 1 de mayo.....	115
Rueda de prensa, Jack Curtis, 2 de mayo.....	129
Repercusión en la prensa, 3 de mayo.....	149
Reunión en DPNY con Charlie Seen, 4 de mayo.....	161
Confesión de Humberto Velázquez, 5 de mayo.....	183
Fin del calvario, Jack Curtis, 6 de mayo.....	199
Regreso al condado de Mariposa, 7 de mayo.....	215
Excursión al parque de Yosemite, 8 de mayo.....	225
Carta de María Roberts, 9 de mayo.....	229

ALAS ROTAS DE MARIPOSA

Introducción

¡Hola! Si me estoy dirigiendo a ti, ¡sí, sí, a ti, que me tienes entre tus manos! No sé si me conoces; si eres seguidor o seguidora de mis libros, o tal vez sea la primera ocasión que en un mundo repleto de escritores me has localizado. Con la fortuna para mí de que tus ojos sigan cada letra, palabra y frase, para que te llegue, muy adentro, ¡así lo deseo!

Si ya me conoces, ¡perfecto!, pero si no es así, permíteme que me presente. Mi nombre es Jack Curtis, mido 1,70; pelo gris, algo ondulado, ojos verdes, mi peso es de setenta y cinco kilos. Tengo cincuenta y cinco años; dicen de mí que soy una persona educada, mi forma de hablar es pausada, pero, ¡no lenta! De mi voz, me dicen, que es melodiosa, agradable de oír.

Los días de diario, voy siempre con traje y corbata; sin embargo, los fines de semana me visto lo más cómodo posible.

Estuve casado durante diez años, pero mi antigua profesión era incompatible con el matrimonio, aunque sobre todo con una mujer ¡supercelosa!

Me considero una persona romántica. Actualmente, estoy saliendo de manera esporádica con una mujer muy inteligente, aunque reconozco que su trabajo le absorbe mucho tiempo; para colmo, ama mucho más a su profesión que a mí, y la comprendo, porque yo ya pasé por eso mismo, pero de ella ya te hablaré más adelante.

Ahora que yo te he dicho como soy, me gustaría imaginarme cómo eres tú, ya seas hombre o mujer; si tendrás el color de mis ojos o de mi pelo, sí habrás pasado por un divorcio, o si eres una persona romántica, y estás en este instante viviendo en un sueño de amor; en ese caso, ¡te felicito!

Debo decirte que yo, en estos momentos, a pesar de mis triunfos profesionales, estoy en un periodo de soledad, donde me he refugiado entre las cuatro paredes del pequeño despacho que tengo instalado en mi apartamento. Tecleando mi ordenador, y dirigiéndome a ti, quiero hacer algo que antes jamás había hecho al escribir mis libros.

Dicen que siempre hay una primera vez para todo, sé que no me vas a decir que no, pero tengo la obligación de decírtelo: quiero que seas tú, ¡sí, tú!, mi confidente, y crearte igual que lo he hecho en mi mente para paliar mi aislamiento, como un personaje más.

Estarás diciéndote que estoy loco, pero en estos tiempos que corren, ¡quién no lo está!, serás mi bálsamo, mi apoyo, mi terapia para combatir la soledad y poder de alguna forma llevarte en mi pensamiento.

Como no sé si eres hombre o mujer, debería ponerte un nombre para dirigirme a ti que sea unisex, que valga para ambos sexos, ya que quiero contar contigo para que seas mi compañía especial en esta historia. Como lo es un cuaderno de bitácoras para el navegante.

Me gustaría tener el don de poder comunicarme contigo a través de la mente y saber qué opinas... Ah, ya sé qué nombre ponerte. Te voy a llamar Jamie.

Deseo que sea de tu agrado y, para que compruebes que es un nombre unisex, te voy a mencionar a dos actores.

Jamie Lee Curtis, actriz que ha hecho infinidad de películas; aunque a mí personalmente me gustó mucho la de *Mentiras Arriesgadas*, con Arnold Schwarzenegger. Una obra cinematográ-

fica que se estrenó el 2 de septiembre del año 1994. Una cinta que reúne acción, suspense y comedia. No sé si la habrás visto, pero si es que no, te recomiendo que la veas.

El otro es un actor, Jamie Dorman, el protagonista de *Cincuenta sombras de Grey*; debo decirte que no he visto esta película.

Como ya me he presentado, y apelando a tu confianza, ya que has sido tú quien me ha elegido, espero no defraudarte.

Ahora, Jamie, apelo a que naveguemos y recorramos juntos las páginas de una historia real en la que existen también pinceladas de ficción.

Presentación novela

Nueva York, 23 de abril, Día Mundial del Libro. En esta fecha, como lo vengo realizando estos últimos cinco años, he presentado mi nueva novela, *La espiral del caracol*. Había sido un largo día de entrevistas en diferentes medios de comunicación, tanto en prensa, radio y televisión, además de recorrer una serie de librerías con las horas concertadas para la firma de libros. Con un intervalo de dos horas y media por librería.

La primera fue The Mysterious Bookshop, para continuar el recorrido en The Housing Work Bookstore Café, St. Mark's Bookshop, Forbidden Planet. La última del día, a las nueve de la noche, ha sido la librería McNally Jackson Books, que se encuentra en la calle 52 con Prince; para mí, Jamie, la mejor librería independiente de Nueva York.

Antes de salir de allí, me dirigí a la planta superior, que es donde se halla su cafetería, aunque mi apreciación personal es un poco angustiosa. Ya que se encuentran las mesas muy próximas unas a otras, además, se origina cierto barullo; aun así, estaba llena el día de hoy para mi presentación. Por mi parte, encantado, con gratitud hacia todas aquellas personas que me saludaban y a la vez me solicitaban fotografiarse conmigo, junto al libro que habían comprado con anterioridad, el cual yo les iba dedicando.

Cuando conseguí llegar a la barra del bar, solicité un café con leche y una pasta de chocolate. Al terminar, pagué la cuenta y, al

girarme, había tres chicas jóvenes, de entre veinte y veinticinco años aproximadamente. Yo siempre he sido muy malo para acertar en las edades, Jamie.

Me solicitaron que les firmara el libro que llevaba cada una, pero me llamó la atención que una de ellas llevaba dos. Sacó una pluma, ¡que, por cierto, era muy bonita!, decorada con mariposas y me la entregó para que se los dedicara; me indicó los nombres y me dijo que uno sería para su madre y el otro para ella.

A continuación, una de las jóvenes me pidió que, junto con sus amigas, nos hiciéramos unas fotos en el piso inferior. Junto a una vieja máquina de escribir, para seguir con otra sesión fotográfica al lado del piano.

Las tres jóvenes eran muy simpáticas y transmitían esa alegría y frescura que ¡solo se suele poseer cuando uno es joven!

No dudé, Jamie, ni un instante, en satisfacer su petición. Una vez que realizaron las fotos que desearon, se despidieron de mí. Me dieron las gracias y, acompañado de sus sonrisas veinteañeras, me regaló cada una un par de besos en las mejillas.

Si bien el horario comercial de la librería es hasta la nueve de la noche, ampliaron la clausura hasta las diez. A las diez menos diez, informaron por megafonía del cierre del establecimiento. Indicaron a todas las personas que, por favor, fueran saliendo.

Me despedí de los dueños de la librería y me marché.

Jamie, al salir a la calle, observé que hacía una noche muy agradable. Con una hermosa luna llena, oportuna para que los enamorados pudieran pedir sus deseos. Iluminaba con su luz clara el cielo de Manhattan, le daba un color azulado oscuro muy hermoso.

Decidí ir caminando hacia mi apartamento, ya que vivo, Jamie, en la calle Broadway 568, esquina Prince.

Como te iba contando, me dirigía hacia mi apartamento, por la calle Prince, y a unos cuarenta metros antes de llegar a la estación del metro, del mismo nombre, Prince, me encontré con un

carril cortado, debido a una fila de camiones parados, de los que realizan la pavimentación de las calles. No había personal trabajando a esas horas.

Encima de la acera me tropecé de frente con dos carros fuera de servicio, de los que te venden perritos calientes y otros bocadillos, así como bebidas para llevar.

Ambos carros, Jamie, están unidos por unas cadenas para evitar ser robados. En ese momento, giré la mirada hacia la derecha alertado por el estruendo de unos cláxones; entre medias de varios camiones, pude vislumbrar el perfil de una mujer bocabajo, con un inmenso charco de sangre alrededor de la cabeza.

Como comprenderás, Jamie, efectué una llamada a urgencias al 911, me indicaron que me quedara en el lugar. Puedo decirte que en menos de tres minutos se presentaron dos patrullas de policía y acordonaron la zona; a continuación, uno de los policías se dirigió hacia mí.

—Buenas noches, soy el agente Peter Collins. ¿Es usted quien ha llamado al 911?

—Sí, agente.

—¿Ha tocado el cadáver?

—¡No, señor! Bueno, he tenido que tomarle el pulso, tal como me solicitaron cuando llamé a urgencias.

—¿Ha visto usted a alguien sospechoso por la zona?

Le contesté, Jamie, que me había cruzado con algunas personas por ese trayecto, pero que no sabría decirle. Al final de varias preguntas más, me solicitó la documentación personal, que anotó en la libreta y cuando, de nuevo me la entregó, siguió preguntándome.

—¿Es usted el escritor?

—Sí, señor.

—¿Qué hace por esta zona?

—He terminado a las diez de firmar libros en la librería McNally Jackson Books, que se encuentra en la calle 52 con la que estamos, Prince.

—¿Hacia dónde se dirigía?

—A mi apartamento en la calle Broadway 568 esquina Prince.

—Le queda un poco retirado, señor Curtis.

—Lo sé, pero como hace una noche agradable y con una luna llena preciosa, había pensado en ir andando. Si no hay ninguna pregunta más, desearía irme, agente.

—Lo siento, pero deberá esperarse un momento. Mire, por allí viene ya la inspectora de Homicidios, junto con su compañera; me han comunicado que querían hablar con usted. Por cierto, sé que no es el momento apropiado, pero mi mujer es una gran admiradora de su literatura, señor Curtis; ¿me podría dedicar un autógrafo para ella y ponerme el nombre de su libro en ella?

—Déjeme un papel y su bolígrafo. ¿Cómo se llama su señora?

—¡Helen! —me respondió, Jamie, el policía con voz baja, noté que se encontraba algo inquieto, ya que cada vez estaban más próximas a nosotros las dos inspectoras.

—¡Tenga usted, agente!

Al entregarle, Jamie, la libreta con la dedicatoria, se puso a leerla en silencio.

Con todo mi respeto y cariño hacia Helen, una admiradora de mis libros, espero que lea mi nueva novela, presentada hoy, La espiral del caracol, deseo de todo corazón que le guste.

Jack Curtis

—Muchas gracias, señor Curtis, se va a poner mi mujer muy contenta, puedo asegurarle que mañana mismo sé que se comprará su novela, buenas noches.

Procedió, Jamie, a marcharse, dirigiéndose directamente al encuentro de las inspectoras; el agente permaneció un par de minutos hablando con ellas, a unos cuatro metros de distancia de donde yo me hallaba. A continuación, se dirigieron hacia mí.

—Buenas noches, señor Curtis. Mi nombre es Sara Malone, inspectora de Homicidios de la zona de Manhattan sur; aquí, mi compañera, la subinspectora Kelly Hart.

Jamie, nos saludamos los tres estrechándonos las manos, pero las miradas de la inspectora Malone y la mía se cruzaron durante unos breves segundos con cierta complicidad, y se dirigió a mí.

—Cuénteme, señor Curtis, ¿cómo la localizó?

—Me encontraba andando por esta calle cuando de repente me dio por girar la cabeza hacia la derecha y vislumbré una figura entre las sombras del camión y los carros.

—¿Se acercó al cadáver?

—Sí, cuando llamé a urgencias me requirieron que mirase si tenía pulso y cogí su muñeca izquierda, comprobando definitivamente que no tenía, y así se lo indiqué a la persona que me atendió al teléfono en urgencias.

—¿En algún momento recuerda si tocó algo del cuerpo de la víctima, si le dio la vuelta o la encontró así?

—Inspectora Malone, la encontré tal y como los tres estamos viéndola en este momento, bocabajo, y con ese inmenso charco de sangre alrededor de la cabeza, no he tocado nada.

A continuación, Jamie, tomó la palabra la subinspectora Kelly Hart, una joven delgada con el pelo muy corto por debajo de las orejas, y de un metro setenta y cinco de estatura. Con voz grave y con cierto aire de prepotencia, se dirigió a mí con un tono sarcástico.

—Lo que me sorprende, señor Curtis, es, como estamos comprobando los tres, que entre medios de estas sombras de los camiones y de los carros pueda haber visto la figura de la víctima desde la acera.

La miré, Jamie, y en mi rostro se notaba el malestar por la insinuación de la subinspectora; me dirigí a ella con tono serio, pero que desprendía cierto cabreo.

—¡Subinspectora Hart! No me ha gustado ni el tono de su voz y mucho menos su insinuación; ¡escúcheme con atención! Esta calle tiene dos carriles, de los cuales uno es en el que nos hallamos, que está cerrado por las obras, es el mismo donde se encuentra la víctima, ¿me sigue, está de acuerdo conmigo, subinspectora?

—Sí, señor Curtis, prosiga.

—Bien, pues continúo, desde donde nos encontramos ahora, si se fija, a quince metros tenemos un semáforo, que se encontraba en rojo, a unos diez metros de llegar yo a los carros, como se encuentran sobre la acera; debía esquivarlos hacia mi izquierda. En ese instante, cambió el semáforo a verde, y varios vehículos empezaron a tocar el claxon, eso hizo que girase la cabeza hacia la derecha, y al ponerse en marcha los vehículos del carril de la derecha, las luces de los coches iluminaron la silueta de la víctima. ¿Lo entiende, subinspectora?

—Lo estoy asimilando, señor Curtis, pero ahora ya he conseguido de usted una explicación razonable. No obstante, la investigación nos dirá si es aceptable.

Jamie, ya no quise contestar a la subinspectora, pero mi interior me lo pedía, aunque preferí dirigirme a su superior, a la inspectora Sara Malone.

—Inspectora Malone, llevo aquí una hora aproximadamente, comprendo perfectamente que tienen que hacer su trabajo, pero le rogaría que consulte las notas del agente Peter Collins, con el cual ustedes han hablado cuando se marchaba. Si lo que necesitan es que les verifique y firme mi declaración, le pediría que me indique mañana una hora, y yo me comprometo a pasar por su comisaría, pero ya le digo que yo no he visto nada. Solo he localizado el cuerpo de esa mujer, pero hoy ha sido un día muy estresante y excesivamente cansado para mí; espero que lo comprenda.

Se me quedó la inspectora unos instantes mirando en silencio, ciñó el labio superior y miró a su compañera; de nuevo se dirigió a mí.

—Lo entiendo, señor Curtis, ya le he visto en las noticias, la presentación de su nuevo libro, deseo que le vaya bien como en sus anteriores; le emplazo para mañana, ¿qué le parece a las doce?

Cuando terminó de decirme la hora, Jamie, me estaba entregando su tarjeta con la dirección de la comisaría, la miré unos instantes a sus ojos, que son azules muy claros, de los que a mí en especial me gustan, y dirigiéndome a ella dije:

—Gracias, inspectora, me parece correcta la hora, no dude que allí estaré; les deseo buenas noches, adiós.

Estreché las manos de las agentes y, mientras me marchaba, pude ver a través de la cristalera de un escaparate de ropa cómo me miraban al irme mientras hablaban entre ellas.

Al llegar a mi apartamento, no he dudado ni un instante en darme una buena ducha; el día había sido agotador y qué mejor que ducharse y sanear un cuerpo cansado; espero que opines lo mismo, Jamie.

Para cenar, he cogido una par de piezas de fruta, concretamente dos manzanas de la familia Golden en color rojizo y brillante, son las que más me gustan por su forma redondeada y regular; su carne es crujiente, moderadamente jugosa, azucarada, ligeramente ácida y aromática.

Seguidamente, he encendido el equipo de audio y he colocado uno de mis discos preferidos de música clásica, los grandes éxitos de Von Karajan, con sus adagios, suelo colocar el sonido muy bajo tan solo para que rompa el silencio de la habitación.

Ahora me encuentro escribiéndote a ti, Jamie, debo decirte que nunca escribo sin tener una banda sonora, necesito que las notas musicales arranquen de mí la narrativa que rodea mi imaginación, a veces lo consiguen y en otras no, pero necesito la música.

Estoy a punto de dejar de escribirte por esta noche, ya que el sueño empieza a abrazarme, pero debo darte las gracias, porque sin ti no hubiera sido posible explicarte cómo me ha ido el día de hoy; creo sinceramente que puede ser el principio de una buena amistad, y quién sabe si algún día nos encontramos en el camino de la vida. Sería bello, ¿no crees?

Quiero ser transparente contigo. Ahora ya sabes más cosas de mí, cómo soy físicamente, de qué forma visto, que me gustan las manzanas, en especial las Golden; que sin música a un nivel muy bajo no puedo escribir y que sin ti no sacaría este proyecto adelante; por ello, vuelvo a darte las gracias, Jamie, y aprovecho para desearte felices sueños. Buenas noches y que descanses, hasta mañana.

24 de abril

DPNY Manhattan sur.

Buenos días, Jamie, me he despertado pensando en ti. ¡«Qué tontería», me dirás! Pero quizás en la soledad de mi escritorio y tecleando mi portátil me parece estar menos solo si lo hago.

Quiero que me sigas conociendo; debo decirte que cada mañana me levanto a las seis, me hago un gran zumo de frutas y, a continuación, una vez aireado el dormitorio, hago la cama; acto seguido, me siento en mi escritorio.

Tengo la costumbre de escribir de tres a cuatro horas diarias, a veces más, lo que me salga en ese instante; en ocasiones es bueno y en otras para olvidar.

Hay días que las palabras me fluyen como una cascada, desde la cabeza hasta los dedos, que bailan sobre el teclado y es entonces cuando el trabajo de la escritura me calma la mente. Es sin duda mi mayor satisfacción, es cuando realmente me siento realizado y gozo del instante.

La culminación de mi trabajo es cuando le doy a la tecla de imprimir, fijo la vista sobre la impresora y, con la mirada, veo cómo expulsa de sus entrañas el papel. Es entonces cuando al leer aquella hoja compruebo si es bueno o malo lo que he creado.

Sé, Jamie, que quizás me exijo demasiado y rechazo lo escrito, intento pensar como un lector. Te prometo que mi intención es agradar con mi narrativa a todos, aunque sé que no siempre lo consigo, no se puede satisfacer a todas las personas.